

Hugo Bouter

Jesús en el centro

Como podemos verle en Juan 8, 19 y 20 y Apocalipsis 4 y 5

Me gustaría proponer algo sobre la idea o expresión de *Jesús en el centro*, tratada en unas partes del Evangelio de Juan y del libro del Apocalipsis (Juan 8:2-12; 19:17-18; 20:19-29; Ap. 4:4; 5:6s).

El centro del cielo

En primer lugar, leamos unos versículos de Apocalipsis:

«Y miré, y he aquí que en medio del trono y de los cuatro seres vivientes, y en medio de los ancianos, estaba un Cordero como degollado, que tenía siete cuernos y siete ojos, que son los siete Espíritus de Dios enviados a toda la tierra. Entonces vino y tomó el rollo de la mano derecha del que estaba sentado en el trono. Cuando tomó el rollo, los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron ante el Cordero, cada uno con un arpa y copas de oro llenas de incienso, que son las oraciones de los santos. Y cantaban un cántico nuevo, diciendo: digno eres de tomar el rollo y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios de toda tribu, lengua, pueblo y nación, y nos has hecho reyes y sacerdotes para nuestro Dios; y nosotros reinaremos sobre la tierra» (Ap. 5:6-10).

Y otro versículo más del capítulo 4: «Alrededor del trono había veinticuatro tronos, y sobre los tronos vi sentados a veinticuatro ancianos, vestidos con ropas blancas, y tenían coronas de oro en sus cabezas» (Ap. 4:4).

El Señor Jesús está aquí como el Señor glorificado y exaltado en el cielo en medio del trono, de los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos. Estos ancianos son los representantes de la iglesia glorificada, que pronto se sentará en veinticuatro tronos – más pequeños – rodeando el trono de Dios. Los ancianos aparecen vestidos con túnicas blancas. Este es el resultado de la obra redentora del Señor, que los ha limpiado y están ahora santificados (cf. Ap. 19:8).

Asimismo, los vemos con unas coronas de oro, lo que nos habla de la gloria celestial que Cristo ha adquirido para nosotros y que también veremos muy pronto en el cielo. Con el ojo de la fe podemos ver esta gloria desde ahora. Juan la vio cuando fue elevado al cielo y vislumbró el trono de Dios y del Cordero (Ap. 4:1-3), al igual que los veinticuatro tronos más pequeños que rodean el trono divino. Lo que resulta admirable es que el Cordero también está en medio del trono (Ap. 5:6). El Señor Jesús se encuentra siempre en el centro de los caminos de Dios y de Su reino.

En medio de los pecadores

Se acepta como un hecho reconocido que el Señor se encontraba en el centro de todo cuanto había en la tierra. Tenemos ejemplos de ello en el Evangelio de Juan. Según el capítulo 8, Cristo se halla en medio de los pecadores como luz entre gente perdida. Él revela lo que hay en el corazón del hombre, incluso de las personas de piedad, de tal modo que les descubre que son pecadoras.

En este capítulo leemos acerca de la mujer adúltera, que fue llevada al Señor para ser incriminada. Entonces, los escribas y fariseos empezaron a comparar a Jesús con Moisés: «Ahora bien, Moisés, en la ley, ordenó que los tales fueran apedreados. Pero ¿qué dices Tú?» Y pusieron a la mujer en medio» (Juan 8:4-5). En cambio, el Señor, como la Luz del mundo que era, revela lo que hay en sus corazones y les hace ver que todos son pecadores: «El que esté libre de pecado entre vosotros, que tire primero la piedra contra ella» (v. 7).

Su palabra tuvo un poderoso efecto, pues los ancianos y los escribas se esfumaron. Leemos el notable resultado que se produjo en el versículo 9: «Entonces los que lo oyeron, condenados por su conciencia, salieron uno por uno, comenzando por el más viejo hasta el último». Jesús se quedó solo, «y la mujer de pie en medio». Esto no deja de ser un acto milagroso. Aunque no quedaba nadie más que el Señor y esta mujer pecadora, ella seguía de pie allí en medio. Los versículos nos descubren al Señor en medio de los pecadores.

Está mostrando Su misericordia, para lo cual había venido. Y le descubrió a la mujer la gracia de Dios, al decirle: «Ni yo te condeno» (v. 11). En la Persona del Señor Jesús se manifestaron la gracia y la verdad de Dios. Ambas surgen en el relato de Juan. El evangelista revela el hecho de que todos eran pecadores, y la luz del Señor, que brilla con intensidad y claridad sobre todas esas personas, provoca que todas ellas se alejen conscientes de que a la luz de Dios eran reprobables. Cuando la luz del Señor brilla y nos ilumina, nos damos cuenta de lo que somos y hay en nosotros.

Juan 1:17 lo expresa así: «Porque la ley fue dada por medio de Moisés, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo». La gracia tiene suma importancia. Es evidente por la historia que leemos acerca de esta infractora, a la que el Señor mostró Su misericordia: «¿Nadie te ha condenado? Ella respondió: Nadie, Señor. Y Jesús le dijo: Yo tampoco te condeno». Nada más que pura gracia. Y continúa, diciendo: «Vete y no peques más» (v. 11). Esta es realmente la verdad de Dios, que Cristo reveló plenamente. Lo hace no solo con los escribas y los fariseos, quienes condenaron a esta mujer, sino que a ella también le reveló la verdad de Dios.

Si somos salvados por la gracia, no hay excusa para seguir viviendo en el pecado. No hay manera posible de lograrlo. Por lo tanto, al estar seguros de que el Señor no nos condena, sino que nos ha mostrado gracia infinita con Sus sufrimientos y muerte, podemos y debemos también comenzar una nueva vida en Su fortaleza y en el poder de Su resurrección.

En la cruz

En la cruz vemos de manera especial que el Señor está en medio de los pecadores. Él es crucificado entre dos criminales, por lo que leemos en Juan 19, donde dice: «El Gólgota, donde lo crucificaron, y otros dos con él, uno a cada lado, y Jesús en el centro» (v. 18).

Estaba colgado en medio de dos pecadores, aunque con el propósito de sufrir y morir por los pecadores para pagar el precio por todos nosotros. Y esas dos personas a Su izquierda y derecha representan en realidad a toda la humanidad. Todavía hay gente que llega a la fe y al arrepentimiento. Esto lo ilustra el criminal que se percató de la gloria del Señor. Asimismo, se dio cuenta de que él era un pecador y que merecía morir, al contrario de Jesús, que no había hecho ningún mal. Sin embargo, el otro hombre, que seguía burlándose, no creyó en Él.

El primero es una imagen de todos los que son perdonados, ya que creyó en el Señor. «Acuérdate de mí – le pidió – cuando vengas a tu reino... por favor, mírame con gracia». Y el Señor le dio esta gloriosa promesa: «Hoy estarás conmigo en el Paraíso». Así que Él es una imagen de todos los redimidos, de todos cuantos se han salvado por gracia y tendrán una preciosa porción con el Señor en el cielo.

En medio de los redimidos

Una vez realizada la obra, vemos en el siguiente capítulo que Cristo se presentó en medio de los suyos y les proclamó la paz (Juan 20:19). Esto sucedió el primer día de la semana, el día de la resurrección. Mientras los discípulos estaban reunidos con las puertas cerradas por miedo a los judíos, llegó Jesús, se puso en medio de ellos y les dijo: «La paz esté con vosotros». El Señor resucitado trajo a los suyos este maravilloso mensaje de paz, de la paz con Dios y la paz que dejaba entre ellos. Los discípulos se alegraron de ver al Señor.

Él es aquí el centro del gozo de los suyos, por decirlo de alguna manera. Ya no es el centro de los pecadores, sino el centro de Sus redimidos, de todos aquellos por los que ha realizado esta gran obra de redención. Llama a todos los que le conocen y le pertenecen dándoles la paz por la sangre de Su cruz. Una paz práctica, porque el Señor, que está en medio de nosotros, quiere enseñarnos de Su Palabra. Quiere que crezcamos en la fe, en el conocimiento de Dios y en la paz que ha sido efectuada. Con la paz de Dios en nuestros corazones, podremos continuar nuestro camino (Fil. 4:7).

Más adelante, en Juan 20 encontramos al Señor en medio de los suyos. También está Tomás, que al principio se mostraba incrédulo. Él representa el futuro cercano y la restauración del remanente creyente de Israel. En aquel entonces, el Señor se hallará de nuevo en medio de Su pueblo y les dirá estas mismas palabras: «La paz sea con vosotros».

En medio del trono

En Apocalipsis 5, Jesús está de nuevo en el medio, esta vez en medio del trono, lo que es muy significativo. Aquí tenemos el trono de Dios en el cielo, un trono lo bastante grande para que también haya espacio para el Cordero en medio de este. El Señor vivo es el centro de los santos glorificados, podría decirse. Estos ancianos son los redimidos, que un día serán coronados de gloria.

Creo que esto es indicativo de que Jesús está en el centro de todos los consejos de Dios, de los caminos divinos y de Su gobierno. Está en el centro de los pensamientos de Dios tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, en medio de los ángeles y de esos cuatro poderosos seres angélicos – los seres vivientes – y en medio de los ancianos, momento en que será alabado con perfección. El Cordero es el centro de todos los caminos y consejos divinos, como se hace evidente al comienzo del capítulo 5 de Apocalipsis, donde se empieza la lectura del rollo del libro.

Este rollo habla de los planes y pensamientos de Dios para la tierra e Israel. Cristo tiene todas las cosas en sus manos, el Padre se las ha entregado todas (Juan 13:3). Él está en el centro, lo que podremos presenciar de manera muy literal un día, pues como santos glorificados se nos permitirá verlo con nuestros propios ojos en el cielo. Y aunque nosotros seremos entonces coronados de gloria y liberados de toda restricción, como cantamos en una canción, no podremos permanecer sentados en esos tronos en cuanto miremos directamente al Cordero. Entonces nos postraremos ante Él y arrojaremos nuestras coronas a Sus pies, diciendo: «¡Solo tú eres digno!» Se trata de Jesús en el centro, ¡sólo Jesús!

Qué pensamientos más maravillosos encontramos en la Palabra de Dios. En la tierra, Él vivió en humillación en medio de pecadores, siendo la prueba máxima de ello la cruz. Estuvo en medio de otros dos pecadores, a uno lo perdonó y el otro rechazó la salvación divina. Pero Jesús está ahora en medio de los suyos, de Sus redimidos, después de resucitar de entre los muertos. ¡Qué hermoso que pueda reunirse con los suyos! Es una certeza que podemos experimentar cada día, conocer lo que implica tenerlo en el medio. Él nos enseña y nos instruye. Nos hace partícipes de Su paz y de Su gozo, de todos los resultados de Su obra realizada. El resumen de todo esto es Jesús en el centro, el Cordero en medio del trono, de los ángeles, y en medio de Su iglesia glorificada.
